



Adrián
Pignatelli

TEMERARIOS, IDEALISTAS Y AVENTUREROS

Hombres y mujeres del primer
siglo de la Argentina
1810 - 1910

CRÍTICA

ADRIÁN PIGNATELLI

TEMERARIOS, IDEALISTAS Y AVENTUREROS

**Hombres y mujeres del
primer siglo de la Argentina
1810-1910**

CRÍTICA

Introducción

En la autobiografía que esbozó en 1814 cuando el mundo se le había venido abajo después de Vilcapugio y Ayohúma, Manuel Belgrano escribió que la vida de los hombres públicos debía ser exhibida como ejemplo a imitar y también como una lección para evitar caer en lo que él llamaba “defectos”. Mientras viajaba a Buenos Aires donde se lo sometería a un juicio militar del que sería sobreseído, seguramente estaban demasiado frescas en su espíritu las amargas sensaciones que le habían dejado las derrotas de octubre y noviembre del año anterior.

Lo que el creador de la bandera pretendía era que se sacase una enseñanza tanto de lo bueno como de lo malo.

La nuestra es una historia llena de episodios y procesos que encierran ejemplos a imitar, otros tantos que no, y que son analizados por historiadores con miradas riquísimas que invitan a la reflexión, la discusión y la polémica.

Quitándole esa antigua pátina de “próceres”, todos están unidos en un común denominador, y es que de ellos se desprenden ejemplos, de los buenos y de los malos, disponibles para ser asimilados y estudiados para las nuevas generaciones.

A lo largo del tiempo —casi no interesa mencionar una época determinada—, la puerta de entrada al fascinante mundo de nuestro pasado solía venir de la mano de hazañas, campañas espectacu-

lares y reformas liminares. Los trabajos de Bartolomé Mitre, *Historia de Manuel Belgrano y de la independencia argentina* y la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, dieron el puntapié inicial para acercar a la gente la vida de estos dos hombres, de los que actuaron con ellos, con detalles de los combates que libraron y del contexto de época. De la misma forma, las *Memorias póstumas del general José María Paz*, que vieron la luz en 1855, las *Memorias del general Gregorio Aráoz de Lamadrid*, publicadas en 1895, o las de Tomás de Iriarte, difundidas en el siglo XX, fueron útiles para acercar episodios de nuestra independencia y para levantar polémica sobre ciertos hechos que relatan y especialmente sobre algunos de los protagonistas de entonces.

De ahí en más, serían repetitivas las apariciones ante el gran público de un adusto José de San Martín cruzando los Andes, un atildado Belgrano con sus pantalones a la moda de 1815 asociado a la bandera, un incansable Mariano Moreno repartiendo en cientos de funciones en sus comprimidos nueve meses de su vida pública; de un polifacético Domingo F. Sarmiento quien, con su cara de gruñón a cuestas, daba la idea de que no hacía otra cosa que fundar escuelas, o un calculador Julio A. Roca, observando la inmensidad del desierto, rodeado por su Estado Mayor, en medio de su campaña contra el indígena.

Sin quitarle importancia a aquellos hombres, y sin ahondar en la maraña de sus logros y defectos, pretendí correrme de una categoría rebotante de nombres que fueron reservados para bautizar ciudades, autopistas, grandes avenidas y ámbitos señoriales, y que se los recuerda, con días feriados en los aniversarios de sus viajes al más allá. Por el contrario, decidí dedicarme a los que merecieron perdurar en calles, cortadas y plazas de pueblos y que cuando leemos sus nombres en carteles indicadores a veces se dispara la pregunta de quién fue y qué fue lo que hizo.

Sus nombres nos suenan familiares, pero sus trayectorias, escasamente difundidas, causan sorpresa y admiración cuando se las conoce más en profundidad. Algunos, al decir de Sarmiento, labraron como las orugas su tosco capullo y, sin llegar a ser mariposa, dejaron el hilo para ser usado por los que venían detrás.

Entre ellos —cuyas vidas bien podrían ser el deleite de productores de miniseries—, se apretujan en ese primer centenario un cúmulo de hombres y mujeres que nos dicen a los gritos que ellos también existieron e hicieron. Los hubo valerosos, crueles, curiosos, conciliadores, arriesgados, traicionados y hasta resignados: sus vidas fueron curtidas en batallas, romances, complots, desencuentros, con finales felices y de los otros. Guiados por una idea convertida en acción, al decir de Mitre, vivieron como si estuviesen a punto de saltar al vacío o con calculada precisión de sus movimientos.

Algunos tuvieron la fortuna de ser laureados con la glorificación eterna, pero otros quedaron en un anonimato injusto: homenajeados con monumentos los más afortunados, recordados cada tanto muchos otros y los que sin siquiera gozan de una parcela en un cementerio.

Estas páginas intentan contar qué hicieron y qué los motivó a vivir de esa manera. Tal vez fueron alentados por el bienestar, el progreso y la dignidad del país, el deseo de que nuestra nación no fuese miserable, como explicó Juan Bautista Alberdi; o los movía el temor y la esperanza, sentimientos descriptos por Bernardo Monteagudo en sus apasionados escritos de 1811.

Todos, a su modo, hicieron el país, y todos fueron sus productos. Entonces, para contar las vidas que van desde Domingo French, jugador importante en los días de la revolución de 1810, al científico Clemente Onelli, *alma mater* del zoo porteño a comienzos del siglo XX, se dividió el libro en tres categorías: los

temerarios, los **idealistas** y los **aventureros**, una clasificación arbitraria, caprichosa y, por supuesto, incompleta, porque la lista de aquellos que transitaron aquellas no tan lejanas décadas es interminable. Uno es consciente de que muchos, si bien no fueron considerados, no están olvidados, y bien pueden ser la excusa para futuros trabajos.

Muchos de ellos califican para más de una de estas categorías o para todas. Pero sin duda tienen, en sus increíbles vidas, pinceladas de temerarios, se movieron en un cierto idealismo o eligieron el camino de la aventura, muchas veces hacia lo desconocido o hacia el desafío por cumplir.

Amados u odiados, reverenciados o despreciados, hay militares, abogados, religiosos, esposas, músicos, funcionarios, médicos, marinos, enamorados, científicos, maestras, comerciantes. La mayoría son argentinos, pero también encontramos extranjeros que tomaron al país como su segunda patria, y entre todos ellos hay gente joven y también entrada en años.

En el mismo sentido, se delimitó esta galería de personalidades al primer siglo de vida de nuestro país, desde que se comenzó con el proceso independentista hasta 1910, cuando el país era definitivamente otro, y que no solo mucha agua había corrido bajo el puente, sino que había sido cruzado por innumerables hombres y mujeres con sus sueños, ambiciones, ideas, caprichos, aciertos y metidas de pata.

Estos textos, que persiguen el modesto fin de divulgación histórica, son producto de años de indagar en nuestro pasado. Muchos de ellos, que se asomaron tímidamente y también con irreverencia desde las columnas que escribo para *Infobae*, pretenden aportar un granito de arena en la difusión de vidas y trayectorias de los que hicieron la patria a caballo, a la luz de una vela y a puro coraje.

Félix Luna explicaba en oportunidad de la décima edición de su libro *Los caudillos*, que su intención era la de señalarle a los argentinos que, si había que pelear, debía ser por cosas importantes, de fondo, por aquellas que hicieran al país y a su destino. Este libro intenta desempolvar las vidas de hombres y mujeres que también hicieron cosas trascendentes, que quizá por ello murieron, terminaron exiliados, olvidados o glorificados y que, en definitiva, fueron protagonistas de un siglo plagado de hechos que merecen ser contados.

Adrián Pignatelli

El sanjuanino olvidado

Treinta años después de la muerte de su esposo, su viuda sobrevivía a duras penas en la ciudad de Buenos Aires con Clarisa, su hija soltera. En el primer censo llevado adelante durante la presidencia de Sarmiento, en septiembre de 1869, la sexagenaria Micaela Sánchez de Loria figuraba como planchadora. Cansada de reclamar ante las autoridades una pensión, debió malvender los pocos bienes que conservaba de su difunto marido, congresista en Tucumán, legislador y hasta gobernador interino.

Hacía años que el hombre, ejemplo ignorado de rectitud republicana y honestidad a toda prueba, había encontrado una muerte horrenda durante la guerra civil entre unitarios y federales.

Se llamaba Francisco Narciso de Laprida, que fue mucho más que aquel de los bigotes característicos y su aspecto serio y solemne en la sesión en la que se declaró la independencia, y el que no tiene una tumba conocida donde puedan ir a honrarlo. Fue además tres veces diputado y en dos oportunidades gobernador interino, y era una *rara avis*, ya que sostenía que el funcionario debía responder por sus acciones con su propio patrimonio.

Había nacido el 28 de octubre de 1786 en una casa de treinta metros de frente y sesenta de fondo, en la capital sanjuanina, que el terremoto de 1944 destruyó y donde hoy se levanta una gale-

ría comercial. Su papá era el comerciante asturiano José Ventura Laprida y su madre la sanjuanina María Ignacia Sánchez de Loria. Tendrían cinco hijos, dos varones y tres mujeres.

Una vez terminados sus estudios en el Real Colegio de San Carlos en la ciudad de Buenos Aires, sus padres lo enviaron a la prestigiosa Universidad de San Felipe, en Chile, donde se graduó como licenciado en Cánones y en Derecho. Tuvo como compañeros a personalidades que harían historia en nuestro país, como Tomás Godoy Cruz, Fray Justo Santa María de Oro, de quien fue un estrecho colaborador, y Felipe Arana, entre otros, y enseguida entró en sintonía con los movimientos independentistas chilenos.

Con los títulos bajo el brazo, volvió a San Juan a vivir de su profesión. No aceptó ser Procurador del Cabildo, porque sostenía que además de tener que ser una persona honrada, el funcionario debía responder con su patrimonio ante cualquier irregularidad; y como decía ser una persona que carecía de los bienes suficientes, declinó el cargo. Fue alcalde de primer voto, un puesto en el Cabildo que se ocupaba de la administración de justicia y de la seguridad, entre otras cosas.

El cura Oro lo presentó a José de San Martín cuando este fue gobernador de Cuyo. Su padre colaboró con dinero y cuatro esclavos —había ofrecido dieciséis— al ejército que se estaba formando contra viento y marea para la campaña libertadora.

Cuando en 1815 se celebraron elecciones en las provincias para designar a los diputados que participarían del congreso a reunirse en Tucumán al año siguiente, en San Juan primero fue electo Fray Justo Santa María de Oro, el fraile que sostendría el principio de la soberanía de los pueblos. Pero dado el número de habitantes, a esa provincia le correspondía otro diputado, y en septiembre realizaron una nueva elección que dio como ganador a Laprida. Sin embargo, este se negó a aceptar el resultado porque no habían

manifestado su voluntad los hombres de zonas alejadas de la provincia y reclamó que se hiciesen nuevos comicios para que todos pudiesen participar. Había impugnado su propio voto.

“Que Laprida vaya a Tucumán”, ordenó terminante San Martín, luego que el asesor de la Intendencia le explicó que había sufragado la parte principal del pueblo. Y así el 24 y el 25 de marzo de 1816, con sus 29 años, prestaría juramento junto a los otros congresistas.

Por moción de Laprida, el Congreso otorgó a Juan Martín de Pueyrredón el grado de brigadier, y por moción de su compañero Oro, que Santa Rosa de Lima fuera proclamada patrona de América.

Del 1º de julio al 1º de agosto ocupó la presidencia del cuerpo y fue clave para incluir en el orden del día del 9 la cuestión de la independencia, la elección de Pueyrredón como Director Supremo y la aprobación de la bandera nacional. “Al fin estaba reservado a un diputado de Cuyo ser el presidente del Congreso que declaró la independencia, y doy a la provincia mil parabienes por tal incidencia”, escribió San Martín.

Luego de su participación en el Congreso de Tucumán volvió a su provincia donde durante tres meses en 1818 se desempeñó como gobernador interino en la gestión de su amigo José Ignacio de la Roza, quien en su momento había propuesto a San Martín su nombre para el histórico Congreso.

En esos noventa días hizo de todo: estableció reglamentos de policía, de instrucción pública, de moral, de agricultura y de comercio. Hasta fue el responsable de introducir el sauce llorón, gracias a los brotes que había traído de Chile. Sería nuevamente gobernador interino en 1821 cuando el titular enfermó.

Necesitó de una dispensa papal para casarse con Micaela Sánchez de Loria, ya que era su prima hermana. Tendrían cinco hijos: Clarisa del Carmen, Marisa Delfina, Amado, Josefina y la última,

Delmira de Jesús, que nacería cuando su padre ya había sido asesinado.

Cuando en 1820 su amigo José Ignacio de Roza fue destituido y encarcelado, con una condena de fusilamiento a cumplirse en cualquier momento, Laprida iba a visitarlo. Una vez lo hizo vestido de fraile, le ofreció el hábito a su amigo para que escapase, y él propuso ocupar su lugar. De Roza se negó, aunque salvó la vida y fue desterrado. Laprida había dado una muestra de lo que era jugarse por un amigo.

Sería nuevamente diputado al Congreso de 1824 y, embanderao en la causa unitaria, decidió mudarse con su familia a Mendoza por la presencia del caudillo federal Facundo Quiroga en su provincia. “Ese doctorcito...”, decían los federales cuando aludían a él.

En Mendoza se enroló como cabo en el Batallón de El Orden de la División de Cívicos. Le habían ofrecido el rango de oficial, pero se negó por no ser militar. En abril de 1829, el general José María Paz había derrotado a Quiroga en el combate de La Tablada y los unitarios, sintiéndose fuertes, derrocaron al gobierno federal local, y colocaron en la gobernación a Rudecindo Alvarado, un general héroe de las guerras de la independencia.

Venerable maestro masón de la Logia San Juan de la Frontera e integrante de la Logia Lautaro de Mendoza, estuvo muy comprometido en la lucha política y en la defensa de los valores republicanos. Eso lo hizo ubicarse en la mira de muchos, y sus amigos le insistieron en que debía ponerse a salvo en Chile, pero se mantuvo fiel a sus convicciones. “Este es mi destino y lo seguiré hasta el final”.

El federal Aldao llegó a Mendoza a poner orden. Acompañado por su hermano Francisco, por el general Benito Villafañe y por el coronel Manuel Quiroga Carril, hizo sitiar la ciudad.

Ese martes 22 de septiembre de 1829, los ejércitos se encontraron en lo que hoy es el barrio Batalla del Pilar, en Godoy Cruz,

que entonces se llamaba San Vicente. Aldao envió a su hermano a parlamentar con los unitarios. Apparently, las gestiones prosperaban hasta que ocurrió lo impensado.

Fue todo muy confuso y hay varias versiones sobre lo que aconteció. Una, que Aldao, borracho, habría hecho disparar seis culebrinas sobre el grupo que parlamentaba, y uno de los caídos habría sido su propio hermano. O que sin esperar los resultados del parlamento, la avanzada federal se lanzó al ataque y el jefe unitario Juan Agustín Moyano lo mató de un pistoletazo en el rostro.

El combate se desató, y en menos de una hora los federales se habían hecho dueños del terreno. Cuando Aldao vio a su hermano muerto, se descontroló y mandó perseguir a los derrotados. Ese día se fusiló a más de un centenar de hombres que habían sido apresados o que se habían rendido.

En el medio del desbande, Laprida alcanzó a aconsejarle a un joven de 18 años, sanjuanino como él, llamado Domingo Faustino Sarmiento, que escapase, que era muy joven para morir. “Laprida, el ilustre Laprida; me amonestó del peligro que acrecentaba; si lo hubiera seguido no podría deplorar ahora la pérdida del hombre que más honró San Juan”, escribió tiempo después. El propio padre de Sarmiento, José Clemente, también pudo huir junto a su hijo.

El futuro presidente vio por última vez a Laprida cuando escapaba junto al capitán Barrera.

En el campo de batalla quedaron 400 cadáveres. Laprida, como tantos, se dirigió hacia el este. Fue acorralado por una partida enemiga en un callejón en San Francisco del Monte, donde fue ultimado. Le faltaba un mes para cumplir 43 años.

El misterio es que no se sabe cómo murió.

Unos dicen que recibió un lanzazo y que luego fue degollado; otros le adjudicaron una muerte aún más horrenda. Que fue

enterrado vivo en el medio de la calle, y que dejaron libre solo su cabeza, y que las patas de los caballos hicieron el resto.

Sí se supo la identidad del victimario: Buenaventura Quiroga del Carril. Los rumores decían que le había dado muerte porque siempre había querido a su esposa. Cuando Facundo Quiroga fue derrotado en Oncativo, Lamadrid lo hizo fusilar el 6 de noviembre de 1830 por haber dado muerte a Laprida fuera del campo de batalla por cuestiones personales.

Habrían identificado el cuerpo del infeliz Laprida por el monograma “N. L.” bordado en su camisa. Se sostuvo que su cuerpo fue llevado al Cabildo de Mendoza, donde el juez del crimen Gregorio Ortiz lo reconoció, y que luego sus restos terminaron en una fosa común.

Jorge Luis Borges, descendiente de Laprida por vía materna, escribió en 1943 el Poema conjetural, dedicado a su ilustre antepasado. Esa brillante pieza literaria finaliza:

Pisan mis pies la sombra de las lanzas
que me buscan. Las befas de mi muerte,
los jinetes, las crines, los caballos,
se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,
ya el duro hierro que me raja el pecho,
el íntimo cuchillo en la garganta.

En el barrio Batalla del Pilar de Godoy Cruz hay una plaza que recuerda a este hombre conocido por sostener que el funcionario público debía responder con su patrimonio, y que tanto tuvo que ver con el proceso de nuestra independencia, declarada en esa casa de los Laguna, ubicada sobre la calle del Rey, a una cuadra de la plaza de la ciudad.

Andá a lavar los platos

Pertenecía a una familia patricia, los Gorriti, de destacado papel en el proceso independentista; fue una mujer de una inteligencia única, innovadora para su tiempo, talentosa para la escritura y precursora de un estilo vanguardista; fue esposa, amante y transgresora. Consideada la primera novelista en América del Sur, en sus obras visibilizó a las mujeres, a los indígenas y a los negros. Sus novelas, cuentos, biografías y semblanzas fueron publicadas en Perú, Colombia, Ecuador y, cuando cayó Rosas, también en nuestro país. Y ya de grande reflexionó que el secreto para conservar a un hombre, era por su estómago.

Se llamaba Juana Manuela Gorriti y aseguran que había aprendido la lección de su marido el coronel Belzú quien, al parecer descontento con lo que ella cocinaba –habría mencionado la palabra “bazofia”– le recriminó que le dedicaba demasiado tiempo a la lectura y poco a la cocina.

En el final de su vida, ella produjo una increíble obra que tituló *Cocina ecléctica*, en la que hace una suerte de mea culpa de haberse dedicado de lleno a la lectura y la literatura y descuidar otras cuestiones más prosaicas como la de darse maña en la cocina.

Juana nació el 16 de julio de 1816 en la hacienda familiar de Los Horcones, en Rosario de la Frontera, Salta. En un convento en su provincia estudió, además de religión, literatura y francés.

Era hija de José Ignacio Gorriti, quien se destacó por la ayuda a la causa patriota. Equipó a Güemes, ayudó al Ejército del Norte, peleó junto a Belgrano en Las Piedras y Tucumán. Fue congresista en Tucumán en 1816 y gobernador de Salta entre 1821 y 1823, entre 1827 y 1829, y gobernador delegado en 1831.

Enrolado en la causa unitaria, Facundo Quiroga lo derrotó en El Bordo de Areco y debió emprender el exilio. Junto a su familia, a Manuel y Dionisio Puch —cuñados de Güemes— Rudecindo Alvarado y Juan Antonio Álvarez de Arenales dejaron el país el 13 de noviembre de 1831, y llegaron a Tarija el 27. Allí, Gorriti moriría el 10 de noviembre de 1835.

Cierto día escucharon de la calle sonos de tambores y clarines y se asomaron al balcón para ver de qué se trataba. Juana Manuela vio marchar a una unidad de infantería, y a su frente un joven oficial. Ambos se miraron fijamente, “y nuestras almas quedaron desposadas”, contaría ella.

El hombre se llamaba Manuel Isidoro Belzú, un militar de padres mestizos, nacido en La Paz en 1811. Cuando su amigo el general Ballivián lo mandó a Tarija a cumplir un castigo, allí conoció a la que sería su futura esposa. Belzú llegaría a la presidencia de Bolivia, la que ejerció entre 1848 y 1855, y tuvo mucho apoyo popular, especialmente de las clases más bajas. Aun así, debió enfrentar unos cuarenta intentos de golpe de Estado instigados por las clases dominantes. Realizó una gestión considerada progresista y en 1855, cansado, cuando le rechazaron la renuncia, llamó a elecciones y se fue a Europa en misión diplomática.

Cuando se casó en 1833, Juan Manuela tenía 17 años y se fueron a vivir a Sucre. El matrimonio tuvo dos hijas, Edelmira y Mercedes. Vivió largas temporadas sola, porque su marido estaba de campaña y campaña, y lo hizo en diferentes ciudades, como Sucre, Potosí y La Paz.

La pareja, que no se llevaba bien, terminaría desgastándose y con el tiempo se separarían. Ella se instaló primero en Arequipa y más tarde en Lima, donde se dedicó a sostener un centro literario en su casa que se conocía como las “veladas limeñas”, que fue centro de la intelectualidad local. Cuando su marido llegó a la presidencia en Bolivia, no lo acompañó.

En la década del 50 ella vivió con un comerciante limeño con el que tuvo dos hijos, Clorinda y Julio. En ese país creó una escuela para niñas y revistas literarias.

A la par, escribía. En 1845 publicó en la Revista de Lima *La Quena*, una historia de amor entre un español y una princesa inca. De ahí en más, nunca paró, y sus textos se leían en Buenos Aires, Madrid y París. En la capital peruana, colaboraba en el diario *El Comercio de Lima*.

De carácter resuelto, vestía siempre de blanco y usaba largos rizos que le caían sobre los hombros. Le gustaba mucho vivir en la capital del Perú. “Lima, mi Lima; ustedes no saben lo risueña y hospitalaria que es aquella tierra”.

Su marido había regresado de Europa en 1864 y con apoyo de las clases populares, se levantó contra el gobierno, y terminó asesinado el 27 de marzo de 1865. Ella viajó a Bolivia, a fin de reclamar el cuerpo y, dejando de lado viejos rencores, se ocupó de que tuviera un entierro digno y se pronunció la oración fúnebre.

Comenzó a viajar a Buenos Aires y a los lugares donde había pasado su infancia. Sus trabajos, tanto los autobiográficos, como los cuentos, relatos y leyendas, comenzaron a ser editados en Buenos Aires a partir de 1865 cuando salió un volumen titulado *Sueños y realidades*, que contiene sus escritos elaborados entre 1842 y 1864. En 1876 salieron dos tomos de *Panorama de la vida*, que son relatos fantásticos, mezclados con pinturas costumbristas y de sus viajes por los lugares donde había crecido, editó *El mundo*

de los recuerdos. Ya era una escritora consagrada buscada por los editores.

En su adultez, era una mujer extremadamente delgada y daba la sensación de fragilidad.

Dos años antes de morir, publicó *Cocina ecléctica*, un increíble recetario multicultural, donde más de un centenar de mujeres de diversos países de América y Europa aportan un total de 244 comidas de sus países. En sus 400 páginas se reflejan diversas culturas, prácticas, gustos y modas, matizadas algunas con historias y anécdotas.

Hay quienes las firmaron con seudónimo, pero hay otras reconocibles por ser personalidades destacadas de la literatura y la música, lo que demuestra cómo Gorriti se había relacionado en el ámbito de la cultura con mujeres que, en sus países, habían logrado con esfuerzo superar esa rígida barrera impuesta por un mundo gobernado por hombres.

En el prólogo, está la clave de la obra:

El hogar es el santuario doméstico; su ara es el fogón; su sacerdotisa y guardián natural, la mujer.

Ella, solo ella, sabe inventar esas cosas exquisitas, que hacen de la mesa un encanto, y que dictaron a Brantôme el consejo dado a la princesa, que le preguntaba cómo haría para sujetar á su esposo al lado suyo:

—Asílo por la boca.

Yo, ¡ay! Nunca pensé en tamaña verdad.

Ávida de otras regiones, arrójeme á los libros, y viví en Homero, en Plutarco, en Virgilio, y en toda aquella pléyade de la antigüedad, y después de Corneille, Racine; y más tarde, aún, en Chateaubriand, Hugo, Lamartine; sin pensar que esos ínclitos genios fueron tales, porque —excepción hecha del

primero— tuvieron todos, á su lado, mujeres hacendosas y abnegadas que los mimaron y fortificaron su mente con succulentos bocados, fruto de la ciencia más conveniente á la mujer. Mis amigas, a quienes, arrepentida, me confesaba, no admitieron mi *mea culpa*, sino á condición de hacerlo público en un libro.

Y, tan buenas y misericordiosas, como bellas, hanme dado para ello preciosos materiales, enriqueciéndolos más, todavía, con la gracia encantadora de su palabra.

Hay recetas de sopas, puré, pescados, tamales, rellenos, pasteles, empanadas, frituras, tortillas, budines, aves, ramillete de confecciones a la alta gastronomía, conejo y su confección, legumbres, asados y repostería.

Hay para todos los gustos y existe una, enviada desde Salta, por Deidamia Sierra de Torrens, adjudicada a San Martín. Se pesca un dorado en el río Pasaje, se lo abre y se lo rellena con huevos duros, carne fría picada, aceitunas y nueces. Luego se lo cierra y se lo cocina.

Otra la consiguió en un viaje en barco en el que coincidió con Adelina Patti, una reconocida soprano italiana, a quien todos los días el cocinero le preparaba riñoncitos con tostadas.

Además incorporó platos para la recuperación de enfermos, como el cocido de gallina, “sabroso, nutritivo y ligero para despertar el apetito extinto y fortificar, sin peligro de indigestión”. O el bocado para consumir durante un viaje en diligencia o a caballo, o el que preparaba Laura Ascasubi, “Envueltos a la Laurita”, para impedir que su padre saliera a comer con amigos y lo hiciera en casa.

Cuentan que, a raíz de que Juana Manuela le preguntase a su marido el significado de la palabra “bazofia”, a los días recibió un diccionario con una marca en la página donde figuraba su significa-

do, un detalle improbable en la vida de esta talentosa escritora, cuya última obra, *Lo íntimo*, saldría después de su muerte, ocurrida en Buenos Aires el 6 de noviembre de 1892. Sus funerales fueron costeados por el Estado y hubo sendos homenajes en el país y en Perú. Sus restos descansan en el Panteón de las Glorias del Norte, en la Catedral de Salta junto a sus afectos de su lejano y querido pasado salteño.